

Mientras el profesor de matemáticas resolvía en la pizarra un largo y complicado logaritmo, Quique Barcia observó de reojo a Feliciano y, al reparar en su mirada fija sobre la madera maltratada del pupitre y en sus fuertes antebrazos, surcados por gruesas venas, que acababan en dos puños cerrados con crispación, sintió un vuelco en la boca del estómago muy parecido a los que tenía que soportar cada vez que en verano se obligaba a tirarse a la piscina desde el segundo trampolín para impresionar a sus amigos. Recordó la infamia que había escrito con letras mayúsculas en la cubierta de uno de los libros de su compañero, y cada una de aquellas palabras vejatorias y enemigas resonaron dentro de su cabeza con la estridencia intolerable de un coro de borrachos en mitad de la calma de la noche.

Como tantas otras veces, la idea no había sido ni siquiera suya pero, como siempre, él fue quien, a instancias de varios de sus compañeros, aceptó el reto de llevarla a cabo. Entre clase y clase, uno de ellos entró en el aula apresuradamente y le dijo a Feliciano que preguntaban por él en Secretaría. Luego, en su ausencia, todo resultó muy sencillo y divertido: el rotulador rojo en las manos de Barcia, el libro sucio de insultos y de frases hostiles, las cabezas de los otros que formaban sobre su trabajo un círculo de admiración ruidosa, las carcajadas, los gritos, las bravatas. Nunca hubiera imaginado las consecuencias de su atrevimiento, porque aquella provocación, para él, no era sino una broma sin importancia, una más de las que todo el mundo gastaba impunemente a Feliciano sin que él pareciera molestarse demasiado y ante las que nunca acababa de reaccionar; y sin embargo, esa mañana, en cuanto el otro regresó de su viaje inútil a Secretaría con cara de bobo engañado —casi agradecido por la deferencia que sus compañeros demostraban al reparar en él, aunque sólo fuera para tomarle el pelo— y leyó sobre la cubierta de su libro de Ciencias Sociales aquellas palabras injuriosas, no dudó un solo instante en desafiarlo. Con voz enronquecida repentinamente por la congoja y la ira, y un rostro endurecido y resuelto como de hombre mayor que impresionaron a Barcia, Feliciano no dejaba de repetir que a su madre no le faltaba nadie, nadie, que eso sí que no lo iba a permitir, que a la una y media, cuando acabaran las clases, lo esperaba en el jardín de enfrente del colegio.

Feliciano era ese tipo de chico que, por una extraña y cruel maldición de su naturaleza, está destinado a convertirse, dondequiera que vaya, en el blanco de todas las burlas y travesuras de los demás muchachos de su edad. Su envergadura física contrastaba con un carácter infantil y apocado que, tarde o temprano, acababa por disipar en el ánimo de los otros las naturales precauciones ante un adolescente de casi un metro ochenta y los invitaba al abuso y a la chanza, de modo que no pasaba un día sin que alguno de los del grupo de Barcia le escondiera los libros, le rompiera un bolígrafo, le lanzara un pequeño balón de papel de aluminio con una goma elástica o le golpeará la nuca con la mano abierta mientras le llamaba «palomero» desde el pupitre de atrás; y él aceptaba aquel martirio cotidiano con una sonrisa estúpida pintada en los labios, como si fuera un indefenso muñecote plantado en una barraca de feria ante la puntería ajena. Quien mejor acertaba a humillarlo o a dejarlo en ridículo recibía inmediatamente como premio la

aprobación festiva y entusiasta de los demás, y a nadie le hubiera extrañado que él mismo obsequiara a sus más certeros hostigadores —porque la costumbre de herirlo se había convertido en un concurso de méritos— con ositos de peluche y botellas de licor en miniatura.

El miedo a irritar los ánimos de sus perseguidores no era el único motivo, ni siquiera quizá el más importante, que aconsejaba a Feliciano un comportamiento pasivo ante cualquier agresión; aquel comportamiento ocultaba también una estrategia, porque lo que él anhelaba conseguir, a través de la paciencia y de un talante amistoso y conciliador, era ser admitido por los otros de algún modo. A su juicio, reír junto con ellos las gamberradas de las que era objeto, mostrarse divertido ante la propia desgracia, le restaba importancia a los abusos, lo hacía participar activamente en ellos y lo convertía, aunque fuera de una manera indigna y poco ventajosa, en uno más del grupo, en alguien que, por desempeñar un papel determinado, tenía una identidad y se hacía necesario dentro de aquel pequeño engranaje social. Lo malo era que aquella actitud sólo podía ser interpretada como estupidez y cobardía por los del grupo de Barcia, cuando no como una intolerable provocación, porque sus ojos, al juzgar los actos del «palomero» se convertían en bolas ciegas, ojos fijos y fríos como los de un pez.

Cómo se rieron el día que se enteraron de que Feliciano dedicaba gran parte de su ocio a la colombicultura —cometió el error de ganar un concurso regional y uno de los profesores, que se había enterado al leer una breve referencia en la prensa local, lo felicitó públicamente—; aquel descubrimiento amplió de forma inesperada —y especialmente ofensiva para él— el campo semántico de los insultos de sus compañeros: su mote, desde un inicial y obvio «palomero», llegó a degenerar en «pajarraco», pasando por un buen número de especies de aves, incluidas las rapaces y alguna tropical, dependiendo del humor, los conocimientos ornitológicos y la inspiración del gracioso de turno. Desde luego, tampoco se libró de soportar a sus espaldas los remedos más chapuceros de toda clase de trinos y una pintoresca colección de aspavientos, ensayados con manos, brazos, reglas de plástico y hasta orejas estiradas con los dedos, que pretendían imitar el movimiento en vuelo de unas alas. Nadie conseguía comprender, ni tampoco a nadie se le ocurrió intentarlo, aquella afición de nombre casi tan impronunciable y ridículo como el de alguno de los tropos y figuras que debían estudiar en la clase de Lengua: colombicultura, sinalefa, calambur, anadiplosia, políptoton, anáfora, palomón...; algunos llegaban incluso a indignarse si se detenían a pensar seriamente en semejante pérdida de tiempo, y no les hubiera parecido más absurdo descubrir que el director del colegio practicaba la antropofagia a escondidas o que el claustro de profesores había aprobado como castigo para los alumnos la mutilación.

Barcia miró de nuevo la pizarra. Ahora era uno de sus compañeros el que, sin acabar de conseguirlo, trataba de resolver una complicada ecuación. El profesor no parecía dispuesto a echarle una mano y se le veía sufrir: la mirada perdida, los labios apretados, la tiza áspera entre sus dedos como un fruto venenoso e inútil, imposible de digerir. A Barcia le pareció que la vida, a veces, podía resultar tan difícil de tragar como la tiza, tan complicada y absurda como aquella ecuación. No lograba entender la postura de Feliciano, su impasibilidad ante los agravios se había convertido en una costumbre y, en un primer momento, juzgó aquella reacción tan extravagante e intolerable como hubiera

juzgado la insubordinación de uno de sus esclavos un antiguo Patricio romano. El «Palomero», que con su comportamiento habitual parecía haberse negado la libertad de reaccionar airadamente por ningún motivo y bajo ningún concepto, había llegado demasiado lejos enfadándose de manera tan imperdonable por una minucia como aquella y merecía un escarmiento. Él sólo había pretendido, como tantas otras veces, hacerse el gracioso a costa suya, pasar ante los otros por un tipo decidido, añadir otra hazaña a su reputación de gamberro simpático y temible, pero sin llegar a exponerse a la pelea a la que el otro ahora lo obligaba sin ningún derecho. Un nuevo vuelco en la boca del estómago le ayudó a comprender que otra vez se había subido al segundo trampolín y que, como siempre, eran sus amigos los que le habían ayudado a remontar cada peldaño de la escalera para verlo caer; pero, en esta ocasión, Barcia sabía que lo que le esperaba no era el agua acogedora y tibia de una piscina y que, si el coraje y la suerte no lo acompañaban, podía acabar estrellándose contra esa superficie rocosa y virgen que eran los puños de Feliciano.

Su compañero no consiguió resolver la ecuación de la pizarra y él espió una vez más la actitud de su retador: su mirada seguía fija sobre la madera maltratada del pupitre, parecía abatido y al mismo tiempo tenso; los puños apretados y las venas hinchadas de sus antebrazos revelaban aquella tensión. Barcia sabía perfectamente que el «Palomero» podía llegar a ser un adversario peligroso, sólo había que ver la potencia que desarrollaban sus piernas al saltar el potro en clase de gimnasia o la fuerza con que sus brazos lanzaban la pelota en los partidos de balonmano. Su gran problema consistía en que era uno de esos adolescentes que desconocen las posibilidades reales de su propio cuerpo, o simplemente no creen en ellas, y eso los hace incapaces de sacar un rendimiento práctico a todo ese potencial; pero aquella vez todo podía cambiar como había cambiado de repente la actitud de Feliciano, porque Barcia leyó el odio en los ojos del otro cuando aceptó su desafío tratando de sonreír despreciativamente para restarle importancia a esa amenaza e impedir que su contrincante abandonara, ni un instante tan solo, su papel de víctima. Sintió miedo y se avergonzó por ello, trató de enmascarar aquel sentimiento ultrajante debajo de un montón de eufemismos aún más dolorosos y ridículos: se dijo a sí mismo que sólo estaba un poco inquieto, nervioso, que tal vez aquellos escalofríos no fueran sino una extraña forma de la compasión que sentía por el destino del otro, sentenciado a rodar ante sus puños como un saco; pero el miedo era una sensación hirviente y densa como la lava de un volcán en erupción, e igual que esa lava va cubriendo la tierra y se acopla a sus formas, el miedo se acoplaba a la vida de Barcia y a su paso convertía su tiempo en un territorio yermo y arrasado. La ilusión que otras veces le había hecho asistir a la clase de deportes, la partida de fútbol en los recreativos o el bocadillo de pan con chocolate que le esperaba en la cartera, todas esas expectativas que diariamente le ayudaban a sobrellevar el largo aburrimiento de las clases, estaban ahora sucias de miedo y permanecían expuestas e inalcanzables como antiguas y queridas propiedades detrás de la luna del escaparate de una casa de empeños, esperando a que él pagara un precio abusivo para poder volverlas a disfrutar con plenitud.

Se preguntó si también Feliciano sentiría miedo, si aquel ensimismamiento en el que se había encerrado después de desafiarlo sería un síntoma de arrepentimiento y de terror o más bien una consecuencia de su decisión implacable de golpearlo, de vengar aquella

ofensa a su madre que ahora le parecía a Barcia completamente desmedida y ultrajante, absurda, fuera de lugar. Pensó en las películas de artes marciales que cada sábado alquilaba en el vídeo club de su barrio y en cómo meditaban los samurais, imperturbables, con la mirada fija en su espada, antes de lanzarse a una lucha encarnizada y sangrienta. El estómago se le vino nuevamente a la garganta y tuvo que tragar saliva para combatir la angustia y devolverlo a su lugar. No, él no odiaba al «Palomero», comenzaba incluso a comprender su postura: solamente era un hombre dispuesto a defender una causa justa, un hombre decidido a luchar por su dignidad. Recordó los tiempos en los que también él tuvo un mote, aquellos tiempos, todavía cercanos, cuando, los mismos que hoy lo admiraban y temían, lo habían llamado «el orejas» y se habían burlado de cada uno de sus actos y palabras hasta obligarlo a odiarse y a llorar. Recordó lo que era sentirse indefenso y humillado. Después, llegaron aquellos cambios inesperados y espectaculares en su físico: casi quince centímetros de altura en apenas un año, los primeros apuntes de la barba, el tono grave en la voz, y luego las peleas, el hábito de fumar y decir palabrotas que se impuso a sí mismo para asombrar a los otros y buscar su respeto. Cuánto le había costado conseguir ser el Barcia que ahora era: una especie de jefe dentro del grupo al que todos llamaban, con rencor y con sorna, pero siempre a la espalda, «los supermachos», un grupo que exigía, a quienes pretendieran la hazaña de ingresar en él, más requisitos de los que demanda, para aceptar en sus filas a un nuevo soldado, cualquier comando militar de élite: los aspirantes debían medir como mínimo un metro setenta, lucir sombra de barba al menos debajo de las patillas y sobre el labio superior, manejar con soltura y vocación creativa el lenguaje soez, fumar porros los viernes y sábados por la tarde, beber cerveza a escondidas a la hora del almuerzo, haber besado en la boca y con lengua a alguna chica o sostener esa mentira con la convicción necesaria para hacerla creíble ante los otros, saber defenderse y atacar con los puños y practicar el despotismo más despreciativo y feroz con el resto de sus compañeros de clase.

Aquellos pensamientos disiparon el miedo en su interior, pues decidió que el pobre Feliciano debía estar aterrorizado ante la perspectiva de enfrentarse con él; pero, por otra parte, esas mismas consideraciones contribuyeron a abrirle los ojos y hacerle valorar la figura de su adversario, porque no cabía duda de que el otro se enfrentaba con valentía, y sin en el apoyo de nadie, a un duelo desigual. La obligación de afrontar la pelea comenzó a repugnarle moralmente; golpear a aquel chico —al que ya no le parecía justo llamar el «Palomero»—, lastimarlo y humillarlo delante de todos después de haberlo ofendido, se le antojó un precio demasiado alto, el precio que debía pagar si quería mantener su prestigio de tipo inflexible y peligroso, porque él sabía que a la una y media en punto todo el colegio estaría reunido en aquellos jardines, disfrutando de un espectáculo gratuito, haciendo apuestas y esperando que los contrincantes cumplieran con su deber. Se arrepintió de lo que había hecho y quiso estar muy lejos de allí, pensó en el verano, en los cielos azules y en los largos baños en el mar; le hubiera gustado que todo aquello transcurriera dentro de una película de vídeo para poder avanzarla con el mando a distancia; sintió sinceros deseos de disculparse, de ofrecerle a Feliciano su amistad, su protección incluso, y evitar así la injusticia y el miedo, aquel miedo que le crecía nuevamente por dentro como un cáncer del alma mientras un timbre desapacible y largo indicaba el final de otra clase y lo acercaba un poco más al momento fatal.

En las breves pausas que separaban una clase de otra, mientras Feliciano ni siquiera se levantaba de su silla y seguía ensimismado, mirando fijamente su pupitre como si quisiera aprenderse de memoria las palabras obscenas, los nombres y las declaraciones de amor que cientos de alumnos habían grabado a través de los años sobre la superficie castigada de la madera, Barcia recibía las palabras de ánimo y los consejos de todos y cada uno de los otros miembros del grupo de los «supermachos». Uno le sugería, terriblemente excitado, que comenzara por golpearlo en la mandíbula, y escenificaba el puñetazo una y otra vez como un meticuloso profesor de defensa personal; otro le recomendaba una patada directa en los cojones mientras golpeaba el aire con el zapato como un futbolista desquiciado y sin equipo; y tampoco faltaba quien lo animara a atacar directamente a los ojos, lanzando zarpazos al vacío como el que caza moscas o juega a la gallinita ciega y le toca pagar. Se sentía como un púgil a punto de saltar al cuadrilátero, mareado por el esfuerzo y por toda una corte de *managers* y preparadores histéricos que trataran de inculcarle atropelladamente la táctica adecuada para destruir a su adversario y proclamarse campeón. Los brazos pegajosos de sus compañeros rodeaban su cuello como una toalla sudada y repugnante, y la saliva que despedían sobre su rostro al hablar casi le pareció el agua tibia e impía que reanima a los boxeadores entre asalto y asalto para enviarlos de nuevo a cumplir con su pacto de miedo y de dolor. Todos estaban felices e impacientes, y aquel ambiente festivo y triunfal acababa por enredarlo en una trampa de fanfarronería que lo llevaba a proclamar, mediante encendidas declaraciones belicosas y complicados aspavientos de los puños, su propia victoria adelantada, una victoria fácil y rápida que ya estaba deseando saborear.

Después, sin embargo, durante el aislamiento forzoso que instauraba el comienzo de cada nueva clase, Barcia contaba con tiempo y soledad más que suficientes para reflexionar y arrepentirse de sus bravuconerías y amenazas. Se sentía traicionado por el silencio de sus amigos y la voz monótona y constante del profesor caía sobre su audacia como una gran lluvia de invierno sobre las ascuas de una pequeña hoguera en el claro de un bosque. Miraba de reojo a Feliciano y la actitud con que continuaba afrontando todo aquel asunto inquietante y odioso le parecía un ejemplo de dignidad. Su propia imagen, gesticulante y grotesca, regresaba a su mente una y otra vez y lo hacía sentirse tan ridículo que trataba de alejarla de su imaginación cerrando fuertemente los ojos y apretando los dientes, porque ahora comprendía que su anterior belicosidad no era más que la mediocre y fatigada representación de un actor obligado por los aplausos de su público a repetir una escena en la que no se siente cómodo y que nunca prefirió. Sabía ya perfectamente que le iba a resultar difícil golpear a Feliciano, no tenía ningún motivo para hacerlo, y sospechaba que al otro le sobraban razones para enfrentarse a él. Le quedaba ya poco tiempo para aprender a odiarlo y se estuvo esforzando en alcanzar su propósito durante toda la clase de Sociales pero, ahora, el recordar la cara de idiota con que reaccionaba ante las bromas pesadas, su sonrisa cordial y su afición incomprensible a perder el tiempo cuidando y entrenando palomos, no le ayudaba a conseguirlo, y cada vez que veía de reojo sus fuertes antebrazos, sus puños crispados y su gesto resuelto, en actitud de espera y de tensión, sentía unas ganas tremendas de acercarse a él y disculparse, de estrecharle la mano y ofrecerle su amistad.

Sumido en aquellas reflexiones contradictorias y mortificantes, la clase de Sociales transcurrió para él de un modo tan penoso y lento como todas las demás, y cuando sonó por fin el timbre que daba paso a una nueva asignatura, Barcia ya se había prometido no caer, empujado de nuevo por los otros, en aquella vorágine festiva de fanfarronería y triunfalismo. No quería sentirse otra vez como uno de esos muñecos de guiñol que, movidos por una mano invisible, aparecen en escena armados de una gran cachiporra y anuncian a gritos la paliza terrible que van a propinarle a su adversario en cuanto tengan ocasión, porque eso no hacía más que recordarle que toda su acometividad y sus fuerzas dependían de esa gran mano invisible que lo manejaba por detrás. Sin embargo, mientras bajaba con todos las escaleras y cruzaba el patio para asistir a la clase de deportes, vio a Feliciano caminando solo, con la cabeza baja, desasistido y vulnerable, y, envuelto otra vez por la algarabía jactanciosa y agresiva de sus cofrades, cayó de nuevo en la trampa, ensayó golpes contra el aire y prometió a sus compañeros una pelea feroz y victoriosa.

Cuando llegaron al gimnasio, donde coincidían con otros grupos de su mismo curso, Barcia percibió un silencio desacostumbrado y extraño. Poco a poco, fueron perdiendo viveza los gritos y los movimientos nerviosos de sus acólitos como una gota de pintura pierde en el agua su densidad y su color. Se unió a una cola ordenada y silenciosa y, muy pronto, alguien de los que ocupaban las primeras posiciones en la fila informó a los otros en voz baja de que el día anterior había muerto el hermano de Mencheta. La noticia fue pasando, en un tono respetuoso y asombrado, de unos a otros, y cuando llegó a donde estaban Barcia y los demás de su grupo, uno de los de la otra clase ya se había encargado de ampliar la información y se sabía que aquella muerte inesperada se debió a un accidente de tráfico con una vespa.

A la entrada de los vestuarios, Mencheta, con el gesto serio y la cabeza inclinada, recibía el pésame de sus compañeros. Todo aquel aire de solemnidad le hizo a Barcia sentirse, por primera vez en su vida, uno de los protagonistas de un suceso verdaderamente importante, un suceso que sus padres oírían de su boca perturbados y atentos, lo mismo que escuchaban de boca de su hermano mayor, durante las comidas familiares a las que acudía cada sábado con su mujer, el relato de los casos más pintorescos que había tratado en el hospital aquella semana. Un momento después, Barcia estuvo arrepintiéndose de aquel sentimiento involuntario que encontraba completamente fuera de lugar; así que trató de dirigir, mediante un esfuerzo consciente, el hilo de sus pensamientos, e intentó adecuarlos a una circunstancia tan inesperada y trágica, como si sus pensamientos fueran perros escandalosos que hubieran irrumpido en un lugar sagrado sin collar. Durante unos instantes, mientras la fila seguía avanzando, logró ponerles una correa y postrarlos ante la oscura idea de la muerte. Pero la muerte de aquel muchacho del último curso, con el que nunca llegó a relacionarse y al que sólo había visto a veces en el patio o en el campo de deportes, no significaba nada concreto para él, nada sino una vaga necesidad interna que le exigía autoimponerse un comportamiento respetuoso y compungido; y ese descubrimiento lo desconcertó. Trató de sentir tristeza; se preguntó a sí mismo, en una de esas disyuntivas innecesarias y absurdas que a menudo se planteaba, si hubiera sido capaz de renunciar a los partidos de fútbol de todo un año por salvarle la vida. Se avergonzó de nuevo de una idea que le pareció infantil y decidió no darse una respuesta tan comprometida. La fila continuaba

avanzando y Barcia comprendió que no sabría qué decirle a Mencheta al estrechar su mano, comenzó a sonrojarse y supo que aquella minucia iba a convertirse en un calvario de vergüenza para él. Se fijó en las palabras que utilizaron los tres o cuatro que le precedían en la cola y acabó decidiéndose por un retórico te acompaño en el sentimiento que le hizo sentirse ridículo e inútil como un disco rayado repitiendo su cantinela en un cuarto vacío.

Cuando comenzó la clase de deportes y vio a Feliciano lanzar la pelota con desgana y saltar el potro sin ninguna convicción, se le ocurrió que la muerte del hermano de Mencheta evitaría la pelea y se sintió enormemente aliviado. Después de una noticia así —pensó—, a nadie se le pasaría por la cabeza tener el mal gusto de continuar con aquel desafío. Había muerto un hombre joven, había desaparecido para siempre uno de sus propios compañeros y aquella circunstancia exigía, cuanto menos, una demostración de luto y de urbanidad. Se extrañó de que su hermano no llorara al recibir los pésames y de que no hubieran suspendido las clases en señal de condolencia, y atribuyó tamaña falta de consideración al carácter irascible e inhumano del director del colegio. Por lo visto, su confusa idea de la importancia que tenía la muerte —y no el natural fallecimiento de un anciano, sino el final sangriento y traumático de un muchacho de su edad— no se correspondía en absoluto con el alcance que le concedían a esa desgracia los demás.

Durante toda la clase de gimnasia, Barcia se mostró participativo y casi alegre, despreocupado. Era la última asignatura del día y estaba convencido de que podría por fin marcharse a casa y empezar a olvidar una jornada nefasta de principio a fin. Cuando regresaron a los vestuarios, ninguno de sus compañeros parecía acordarse de aquel duelo, ni siquiera Feliciano, que le pidió prestado en las duchas un poco de jabón. A Barcia le hubiera gustado aprovechar aquel intento de acercamiento para regalarle la botella entera de gel y darle unas palmaditas en la espalda en señal de perdón y de buena voluntad, pero todos estaban pendientes de su reacción y lo único que consiguió hacer fue volverle la espalda mientras en las bocas de los demás se dibujaba una unánime sonrisa de aprobación silenciosa que no pudo ya ver. Todo parecía indicar que no habría pelea pero, en cuanto Mencheta abandonó el vestuario, comenzaron de nuevo los gritos de sus compañeros, los consejos, las arengas, pegajosas y estridentes de adulación.

Como un reo al que escoltan para que no intente escapar a su castigo, salió a la calle rodeado por todo el grupo de los «supermachos» y vio los jardines de enfrente abarrotados de alumnos. Debía de estar allí todo el colegio y, cuando cruzó la calzada y llegó a su destino, escuchó su nombre coreado por la multitud. Feliciano ya lo esperaba, estaba solo junto a un árbol, con la mirada baja, los puños cerrados, los músculos en tensión. Barcia se acercó hacia él caminando despacio, los demás fueron cerrando un círculo en torno a ellos y por fin quedaron enfrentados, separados tan sólo por un par de metros y mirándose fijamente a los ojos. Ninguno de los dos se decidía a dar el primer paso y su público comenzaba a impacientarse. Casi todos animaban a Barcia, lo provocaban para que terminara cuanto antes y le enseñara al «Palomero» a respetarlo; algún gracioso exigió sangre a gritos y otro quiso que se admitieran los codazos y los puntapiés.

Por fin Barcia dio un paso hacia adelante y volvió a detenerse: había visto el terror dibujado en el rostro del otro y se sentía incapaz de golpearlo a sangre fría. Comprendió

por primera vez que quizá nadie era dueño de sus actos, que el que busca el cariño y la admiración de los otros se acaba traicionando de alguna manera, que el curso de la vida es implacable, que nada lo detiene, ni siquiera la muerte de una persona. Mencheta había muerto, pero Mencheta no era imprescindible, la vida seguiría sin Mencheta y no se detendría ni un solo minuto por su causa, la vida seguiría sin que nadie le concediera la menor importancia a ese hecho que a él le parecía, de repente, de una trascendencia definitiva; sí, la vida continuaría sin Mencheta como un día seguiría también sin él, sin él, que de momento estaba vivo y debía afrontar aquella pelea injusta y absurda que le repugnaba. Acababa de descubrir el verdadero valor que la vida de un hombre tiene para el mundo y para los otros hombres, y aquella revelación tuvo un sabor tan áspero y consistente como su primer trago de whisky, un trago largo que debía apurar sin vacilaciones, que ya no podía arriesgarse a escupir. Sospechó que ninguno de nuestros actos es definitivo ni importa demasiado: si él no golpeaba a Feliciano era probable que muy pronto otro lo hiciera, incluso que ese otro acabara intentando golpearlo a él. Decidió cumplir con su trabajo lo mejor posible, pero una nueva mirada a los ojos asustados y suplicantes de su adversario lo volvió a frenar.

Los demás comenzaron a gritar que había tongo y a llamarles cobardes, y entonces Barcia sintió de nuevo que le empujaba una mano invisible, le temblaron las piernas, se tragó el miedo y el asco y escuchó a lo lejos, como a través de la escafandra de un buzo, los gritos de protesta transformados en alaridos de júbilo y de admiración. Había derribado a Feliciano de un solo puñetazo y, apoyando las rodillas sobre sus brazos para inmovilizarlo, continuó golpeándolo en el suelo con verdadera saña, como si con cada uno de sus golpes pretendiera desfigurar las facciones del rostro recién descubierto de la vida.